

LECCION II.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I. CONTINUACION).

El Evangelio pasa á los gentiles. — Bautismo del centurion Cornelio. — Misiones de san Pedro en Cesarea, en Antioquia, en Asia, en Roma, donde combate á Simon el Mago; en Jerusalem, donde es puesto en la cárcel por mandato de Herodes Agripa, y libertado por un ángel; en Roma, donde san Marcos escribe su Evangelio; en Jerusalem, donde preside el primer concilio, y finalmente en Roma. — Vida y misiones de san Pablo en Damasco, en Cesarea, en Antioquia, en Chipre, en Iconio, en Listra y en Filipos.

Los Apóstoles, que habian acompañado al Salvador durante su vida pública, estaban señalada y especialmente encargados de cultivar la Palestina; pero la Sinagoga se endurecia de dia en dia, y el pueblo deicida colmaba rápidamente la medida de las iniquidades que debian arrastrarlo á su ruina. Para que así sucediera, el Sol de justicia que habia asomado en Judea no debia extinguirse, sino pasar á otros pueblos y alumbrar nuevas regiones. Vamos á contar este maravilloso paso del Evangelio.

Figuraos un foco luminoso del cual salen doce rayos que partiendo en direcciones opuestas llegan hasta los confines del mundo, y tendréis una imágen de la propagacion del Evangelio. El foco luminoso es el Cenáculo, es la iglesia de Jerusalem, y los doce rayos son los doce Apóstoles que partiendo de Jerusalem se dirigen unos hácia el Oriente y otros hácia el Mediodía; aquellos van al Norte y éstos vienen al Ocaso; y la tierra entera hasta en sus mas remotos confines recibe la visita de alguno de estos nuevos conquistadores. Tracemos la biografía de cada uno de ellos estudiando sus rápidas excursiones, y sigámosles por la huella de sus beneficios y su sangre. Principiarémos por san Pedro.

Los judíos, como hemos dicho, iban á ser rechazados, y los gentiles llamados al Evangelio, pero era preciso que fuera Pedro quien les abriera la puerta. Jefe de todo el rebaño, y pastor supremo de los extranjeros lo mismo que de los hijos del reino, era el primero en aparecer en todas partes. Un dia, hallándose en oracion, Dios le dió á conocer que habia llegado el momento de hacer entrar á las nacio-

nes en el redil del divino Pastor. Habia en aquel entonces en Cesarea un oficial romano, llamado Cornelio, que mandaba una de las cohortes de la legion Itálica, y era un hombre religioso y temeroso de Dios que hacia abundantes limosnas acompañadas de fervientes oraciones. Apareciósele el Ángel del Señor y le dijo: Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido hasta el trono de Dios; envia á Joppe á buscar un hombre llamado Simon, que tiene por sobrenombre Pedro; vive en casa de otro Simon, curtidor, cuya casa está cerca del mar, y él te dirá lo que debes hacer. Habiendo desaparecido el Ángel, Cornelio llamó á dos de sus criados y á un soldado temeroso de Dios, y los envió inmediatamente á Joppe. Esta ciudad distaba unas quince leguas de Cesarea, y los enviados no pudieron llegar hasta el dia siguiente al mediodía.

El Señor no habia revelado hasta entonces á Pedro los designios de su Providencia; pero estando aun en camino los enviados de Cornelio y acercándose á la ciudad, Pedro subió segun su costumbre á lo alto de la casa para pasar allí algun tiempo en oracion antes de tomar su alimento. Terminada su oracion, se sintió con hambre, y pidió de comer. Mientras se lo preparaban le sobrevino un raptó de espíritu; vió el cielo abierto, y una cosa que descendía en forma de lienzo suspendido por los cuatro cabos, y que bajaba desde el cielo á la tierra. Este lienzo estaba lleno de toda clase de animales cuadrúpedos, de reptiles terrestres y de aves del cielo.

Cuando llegó el lienzo al alcance del Apóstol, se oyó una voz que decia: Levántate, Pedro, mata de esos animales, y come sin distincion ni eleccion. ¡Ah! Señor, respondió el Apóstol, no lo haré, porque toda mi vida observé la Ley al pié de la letra, y jamás llegué á comer nada impuro é inmundo. La voz añadió: No tengas la temeridad de llamar impuro é inmundo lo que el Señor ha purificado. La vision se repitió hasta tres veces, y otras tantas recibió Pedro el mismo mandato, dió la misma respuesta y oyó la misma réplica. El lienzo se retiró al cielo, y Pedro volvió de su éxtasis.

Esforzabase á comprender el misterio, cuando se presentaron en casa de Simon, el curtidor, los enviados de Cornelio, y preguntaron si moraba allí Simon, por sobrenombre Pedro. Aun estaban hablando cuando salió el Apóstol, á quien explicaron el objeto de su viaje y le suplicaron que les siguiera á Cesarea. La llegada de aque-

llos gentiles tenia un enlace sensible con la revelacion, y Pedro comprendió que en adelante no habria ya distincion entre los judíos y los gentiles, y que estos dos pueblos no debian formar mas que un solo redil. Pedro recibió á los mensajeros con bondad, y partió con ellos á Cesarea, donde bautizó al virtuoso oficial y á toda su familia. Tales fueron las felices primicias de la Iglesia de las naciones.

Pedro se dirigió desde Cesarea á Antioquia, donde el Evangelio hacia rápidas conquistas, y allí es donde los discipulos empezaron á llevar el nombre de cristianos. Este nombre era entonces honroso entre los gentiles; no llevaba aun en pos de sí las persecuciones ni los suplicios, y mientras los judíos lo blasfemaban en Jerusalem, era honrado en el centro de la idolatría. En el reparto que los doce pescadores hicieron entre sí del universo, san Pedro fué destinado á llevar el Evangelio á la capital del mundo romano; pero no llevó á cabo tan pronto su designio, porque no habia llegado el momento de la Providencia. Entre tanto fué instituido, por consentimiento comun de los Apóstoles, obispo de Antioquia, que era la capital de Siria. Se cree que gobernó esta Iglesia durante siete años; pero esto no quiere decir que permaneciese en ella constantemente, porque en efecto, durante este intervalo, el Apóstol predicó á los judíos esparcidos por toda el Asia, en el Ponto; en la Galacia, en la Bitinia y en la Capadocia. A pesar de tan penosos trabajos, el Vicario del Hijo de Dios llevaba una vida en extremo frugal: san Gregorio Nazianceno nos dice que se contentaba con comer diariamente un sueldo de altramuces, que eran una especie de guisantes ó habas.¹

En tanto Herodes, por sobrenombre Agripa, habia renoyado la persecucion contra los cristianos, y dado muerte ya á Santiago, hermano de san Juan Evangelista. A esta muerte tan injusta quiso añadir la de san Pedro; el Jefe de la Iglesia fué por consiguiente preso y arrojado en un angosto calabozo, cargado con una doble cadena, y le custodiaban diez y seis soldados, divididos en cuatro partidas, para revelarse mutuamente. Dos estaban de noche y de día cerca del preso, tal vez hasta le tenian sujeto por las cadenas, segun la costumbre ordinaria de los romanos, y otros dos hacian centinela delante de la puerta.

Todas las precauciones de Agripa solo sirvieron para hacer más incontestable el nuevo milagro que Dios queria obrar: la iglesia de

¹ Orat. XVI, pág. 241.

Jerusalem se habia puesto en oracion para alcanzar la libertad de su padre, y fué oida. La misma noche que precedia al dia destinado para el suplicio de san Pedro, un Ángel bajó á la cárcel, despertó al Apóstol, á quien tan inminente peligro no le privaba del sueño, y le dijo que se vistiese y le siguiese. Al mismo tiempo rompió sus cadenas, le abrió las puertas, y le guió al través de los dos cuerpos de guardia con una luz que solo él veia hasta la parte exterior de la última puerta que era de hierro, llevándole además á lo largo de una calle donde desapareció. San Pedro, que hasta aquel instante habia mirado como un sueño cuanto pasaba, comprendió únicamente entonces que Dios le habia libertado verdaderamente.

Habiendo reconocido dónde se hallaba, fué á llamar á la puerta de la casa de Maria, madre de Juan Marcos¹, donde estaban en oracion un gran número de fieles. Una criada, llamada Rhode, salió á ver quién era, prestó el oido, y reconoció la voz de Pedro. Fué tanta su alegría y su sorpresa, que en vez de ir á abrir la puerta, corrió absorta á decir á los cristianos: Pedro está en la puerta. — Tú eres loca, le dijeron. — No tal, respondió ella, es él. — Te engañas, añadieron, es su Ángel bueno. En tanto Pedro, á quien Rhode habia dejado en la calle, continuaba llamando. Abrieronle, entró y le reconocieron. Inútil es preguntar cuáles serian la sorpresa y la alegría de todos los fieles, y podeis formaros una idea recordando el afecto y lealtad que le tenian. Pedro les hizo señal con la mano para que callasen, y les contó cómo le habia libertado Dios.

Al asomar el dia fueron á noticiar á Agripa que su preso se habia fugado, y aquel mandó que se interrogase á los soldados; pero no consiguiendo descubrir nada, decretó que los llevasen al suplicio. La Iglesia, que habia pedido á Dios la libertad de su jefe con tantas oraciones, le da las gracias todos los años en el dia 1.º de agosto, en la fiesta de *san Pedro ad vincula*.

El Apóstol milagrosamente libertado salió al momento de Jerusalem y se dirigió á las fronteras marítimas de la Judea, donde visitó las iglesias nacientes y estableció obispos, sembrando por todas partes el doble beneficio de su doctrina y de sus milagros; y enriquecido con tantos despojos ganados al demonio, concibió la idea de ir á combatir hasta á Roma. ¡Qué maravilla! Aquel mismo hombre que temblaba un dia delante de una criada, no teme ahora aventu-

¹ San Juan Marcos era discípulo y primo de san Bernabé.

rarse en una ciudad semejante á una vasta selva poblada de enconadas fieras, y su valor fué mayor en esta ocasion que cuando marchó sobre el mar. Mas ¿de dónde le procedia tanta intrepidez? Del amor ardiente que Jesucristo le habia inspirado hácia sus ovejas al confiárselas á su direccion. Pedro se dirigió, pues, hácia Roma, segun el parecer de los demás Apóstoles, que le habian destinado para la capital del mundo; para que la luz de la verdad se difundiese con mas prontitud y eficacia desde la cabeza á todo el cuerpo, pues ninguna parte del imperio podia ignorar lo que pasaba en Roma.

El pescador galileo entró en la ciudad de los Césares en el segundo año del reinado del emperador Claudio, y cuadragésimocuarto de Jesucristo; plantó el árbol sagrado del Evangelio en el centro mismo de la idolatría; y como esta planta enteramente nueva estaba aun débil, Dios, para darle espacio de crecer en la paz, inspiró á Claudio un espíritu de dulzura y de bondad hácia los pueblos, y le permitió que ahogase en pocos dias rebeliones peligrosísimas, dispuestas á derrocar el imperio. De modo que hasta el Estado se aprovechó de la gracia que Dios concedia á la ciudad de Roma enviándole su Apóstol.

Entre otras conversiones que obró san Pedro en este primer viaje se cuenta la del senador Pudente con su mujer Priscila, sus dos hijos Novato y Timoteo, y sus dos ilustres hijas Praxedes y Pudenciana¹. Hospedado en la casa de esta excelente familia, el Apóstol celebró allí los divinos misterios, ordenó presbíteros, consagró la primera iglesia de Roma, es decir, la primera casa en que se reunieron los cristianos, y combatió á Simon el Mago². Este impostor, en vez de aprovecharse de las amonestaciones que san Pedro le habia dirigido en Samaria, se habia endurecido mas que nunca, se entregaba con ardor á la magia, é impelido por el demonio, habia ido á Roma bajo el emperador Claudio, para ser el primero en apoderarse de la capital del mundo. Hizo en ella tan repetidos prestigios, que fué puesto por el Senado en el número de los dioses³. San Pedro disminuyó el crédito de este impostor, pero su victoria no fué completa hasta mas adelante.

El Apóstol se aprovechó en tanto de su permanencia en Roma pa-

¹ Baron. ad ann. 44.

² Eusebio, lib. II, c. 14.

³ Just. Apol. II, pág. 69; Eusebio, lib. II, c. 14.

ra escribir su primera epístola, la cual está dirigida á los fieles del Ponto, de la Galacia, del Asia y de la Capadocia; y aunque es particularmente para los judíos convertidos, esparcidos por todas estas provincias, habla tambien á los gentiles que habian abrazado la fe. Adviértese en ella una dignidad y un vigor dignos del Príncipe de los Apóstoles¹.

Los principales compañeros del Jefe de la Iglesia en este primer viaje fueron san Apolinario, á quien san Pedro consagró obispo de Ravena; san Marcial, que envió á las Galias; Rufo, que instituyó obispo de Capua²; pero el mas conocido de todos es san Marcos Evangelista, quien escribió un Evangelio durante su permanencia en Roma, á ruegos de los cristianos, y particularmente de los caballeros romanos á quienes san Pedro habia anunciado á Jesucristo³. Despues de haberlo escrito, en cierto modo dictándole san Pedro, Marcos lo llevó á Egipto, á donde fué enviado por el Jefe de la Iglesia.

El pescador de Galilea trabajaba en tanto hacia cerca de siete años en extender el reinado de la cruz en la misma capital de los Césares, cuando el año 51 de Jesucristo, séptimo del emperador Claudio, un edicto obligó á todos los judíos á salir de Roma. San Pedro partió, pues, á Oriente, y fué á celebrar las fiestas de Pascua en Jerusalem, donde presidió en el mismo año el concilio que se celebró en esta ciudad, y que resolvió que no se obligase á los gentiles convertidos á la fe á someterse á los ritos judáicos, como pretendian ciertos judíos hechos cristianos. Los Apóstoles expresaron su decision, á la cual se sometió toda la Iglesia, con estas memorables palabras: *Ha parecido al Espiritu Santo y á nosotros*, que indican la omnipotencia y la infalibilidad del colegio apostólico. Despues del concilio de Jerusalem, san Pedro continuó con el mismo ardor cumpliendo su gran mision de gobernar y apacentar los corderos y las ovejas.

Cerca de cinco años despues de su partida de Roma, es decir, en el año 59 de Jesucristo y tercero de Neron, volvió á Roma para no salir mas. La llegada de san Pedro á la capital del mundo aumentó sobremanera la Religion; pero furioso el demonio viendo que su im-

¹ Esta observacion es de un protestante. (Véase Grotius in Epist. Petr. c. 1, t. VIII, Critic. Sacr. pág. 117).

² Baron. ad ann. 44.

³ Eusebio, lib. II, c. 15.

perio disminuía de día en día, agotó todo su artificio y su odio para contener los progresos del Evangelio. Neron, su digno ministro, encendió una persecución violenta que debía granjear á san Pedro la corona del martirio.

El Salvador, que después de su resurrección le había revelado de qué modo debía glorificar á Dios en su vejez, le dió á conocer más adelante la época y el lugar donde debía acontecer esto. Sabiendo, pues, san Pedro que pronto iba á dejar su cuerpo carnal, quiso aprovechar el breve tiempo que le quedaba para despertar la piedad de los fieles, y hacerles recordar las verdades que les había enseñado. Con este objeto escribió su segunda epístola, que, como la primera, está dirigida á los fieles del Ponto y del Asia, y forma, por decirlo así, el testamento del Jefe de la Iglesia.

Antes de contar la muerte de san Pedro, vamos á dar á conocer al que debía ser su glorioso compañero, y participar de su victoria después de haber participado de sus combates. Este nuevo conquistador, salido de la Judea para someter el mundo al imperio de la cruz, se llama Saulo. Nació en Tarso, ciudad de Cilicia, y pertenecía á la raza de Abraham y á la tribu de Benjamín. Era también por su nacimiento ciudadano romano, porque los habitantes de Tarso, que siempre habían manifestado mucho afecto á la casa de los Césares, después de haber padecido cruelmente mientras Casio, uno de los asesinos de Julio César, era soberano del Asia, merecieron que Augusto se creyera obligado á recompensarlos; y á los honores y bienes con que los gratificó, añadió el derecho de ciudadanía romana.

El joven Saulo fué enviado á Jerusalem donde le educó un célebre doctor llamado Gamaliel. Se acostumbraba comunmente entre los judíos hacer aprender un oficio á los que estudiaban las sagradas Letras, ya para que tuviesen siempre un medio de ganarse la vida, ya para evitarles los desarreglos que nacen de la ociosidad. Así pues, puede creerse que en aquella época aprendió el oficio de fabricante de tiendas, que ejercía aun al predicar el Evangelio. Saulo, como celoso fariseo, se declaró perseguidor de los cristianos; pero habiendo sido convertido en el camino de Damasco, como hemos visto antes, se trocó en el más ardiente propagador del Evangelio.

Su misión fué la conversión de los gentiles. Predicó primero en Damasco, de allí se retiró á la Arabia, y después de una permanencia de cerca de tres años, regresó á Damasco. No pudiendo los ju-

díos tolerar la ventaja que la Iglesia reportaba de su conversión y de sus discursos, tomaron la resolución de darle muerte. Súpolo Saulo, y los discípulos, que temían por su vida, le bajaron durante la noche en una espuerta por una ventana que había en la muralla de la ciudad. Libertado del peligro, Saulo tomó el camino de Jerusalem para ver á san Pedro, pues convenía que antes de partir para su gran misión rindiese homenaje al Jefe de la Iglesia.

De Jerusalem se dirigió á Cesarea, después á Cilicia, y pasó algún tiempo en Tarso, de cuya ciudad era hijo, y á la cual fué á buscarle su amigo san Bernabé, que predicaba en Antioquía, para tomar parte en sus trabajos. «Fué á buscarle, dice san Crisóstomo, «no solamente como á un amigo particular, sino como á un general del ejército cristiano, como á un león, como á una lámpara brillante, como á una boca capaz de hacerse oír por toda la tierra.» Saulo permaneció un año entero en Antioquía, y multiplicándose sus predicaciones, proporcionaron á esta ciudad un honor que la hace ilustre en todo el universo. Allí fué donde, como hemos dicho, empezaron los discípulos á llevar el nombre de cristianos, nombre que les dieron los mismos Apóstoles.

Mientras Saulo estaba en Antioquía, una hambre terrible afligió al Oriente: era el año cuarto del reinado del emperador Claudio, y el 43 de Jesucristo. Dios, que hacía que todos los acontecimientos contribuyesen al establecimiento del Evangelio, halló en aquella hambre un medio de hacer recomendables á los cristianos, y de unir á los gentiles, que componían la mayor parte de la Iglesia de Antioquía, con los judíos que habían abrazado la fe en la Judea. Estos habían dejado sus bienes ó habían sido despojados de ellos, por cuya razón los fieles de Antioquía resolvieron acudir en su auxilio. Saulo y Bernabé se encargaron de sus limosnas, y partiendo á Jerusalem, las entregaron á los sacerdotes para que las distribuyesen.

Cuando regresaron á Antioquía, recibieron la imposición de manos, y resolvieron abandonar aquella ciudad querida, donde la fe estaba planteada para lo sucesivo, y suficientemente asegurada. Los dos amigos se dirigieron hácia Chipre, que tenía entonces por gobernador al procónsul Sergio Paulo, varón sabio y prudente, que deseoso de oír la palabra de Dios envió á buscar á Saulo y á Bernabé; pero tenía á su lado un judío mago y falso profeta, llamado Barjesus, que

se oponia á los Apóstoles, y hacia todos los esfuerzos posibles para que el Procónsul no abrazase la fe. Saulo le hizo perder la vista y le redujo á buscar á alguno para guiarle. El Procónsul se convirtió admirado de este milagro, y se cree tambien que Dios ablandó el corazon de Barjesus por medio de aquella ceguera que solo debia ser pasajera, y le abrió los ojos del alma con los del cuerpo, para que viera el sol que alumbrá el mundo de las inteligencias y el sol que alumbrá el mundo material¹. En conmemoracion de la conversion del Procónsul, Saulo tomó el nombre de Pablo, y quiso indicar con esto el glorioso triunfo que Jesucristo habia conseguido por medio del débil ministerio del último de sus Apóstoles.

Pablo y Bernabé partieron sin tardanza á hacer nuevas conquistas, y despues de haber recorrido evangelizando una parte del Asia Menor, llegaron á Iconio, donde el Apóstol de las naciones, segun la tradicion comun, convirtió á santa Tecla y la persuadió á consagrar á Dios su virginidad. En Listra curó un hombre lisiado de sus piernas que nunca habia andado. Hé aquí de qué modo se verificó el milagro: Pablo distinguió á aquel enfermo entre sus numerosos oyentes, é iluminado por una luz divina, leyó en su alma su fe y su deseo de conocer la verdad. De pronto el Apóstol se interrumpió en medio de su discurso, y dijo en alta voz á aquel hombre: Levántate y sostente derecho sobre tus piés.

El lisiado experimentó al momento cuánta es la eficacia de un Apóstol de Jesucristo que habla en nombre de su Maestro, é hizo aun mas de lo que se le mandara, pues se puso á saltar y andar delante de todos. Este milagro produjo un efecto prodigioso: todos los presentes exclamaron: Son dioses disfrazados bajo figura humana. En un momento esta loca creencia se apoderó de todos los ánimos, y no faltando mas que darles á cada cual un nombre, lo hicieron fácilmente; Bernabé era de mas edad que Pablo y de mayor estatura, y dijeron que era Júpiter; y Pablo, que llevaba la palabra y predicaba con grande elocuencia, fué reputado como el intérpetre del soberano de los dioses, y le convirtieron en Mercurio. El sacerdote de Júpiter se presentó trayendo coronas para los nuevos dioses, y toros para sacrificarlos en su honor. Viendo Pablo y Bernabé lo que pasaba, rasgaron sus vestiduras, y lanzándose en medio de la multitud exclamaron con grandes voces: ¿Qué haceis? Somos mortales,

¹ Orig. in Exod. XXII.

hombres semejantes á vosotros que venimos á suplicaros que renunciéis á vuestros vanos idolos, para convertirlos al Dios vivo que crió el cielo y la tierra.

Estas palabras y el horror que manifestaron hácia el culto sacrilego que querian rendirles, impidieron á duras penas que se les sacrificasen víctimas. Todo esto era un lazo que les tendia el demonio, y se libraron de él glorificando á Dios con su humildad, como le habian glorificado con su paciencia en las persecuciones. No tardaron en conocer cuán vanas y frágiles cosas son los aplausos populares.

Mientras estaban contendiendo con los habitantes idólatras de Listra, llegaron unos emisarios enviados por las sinagogas de Antioquia y de Iconio, los cuales por medio de sus declamaciones cambiaron de tal modo el espíritu del pueblo, que toleró que aquellos judíos apedreasen á san Pablo, á quien sacaron arrastrando de la ciudad creyendo que estaba muerto. Así le castigo Dios por las piedras que habia lanzado contra san Estéban por manos ajenas, y expió la falta que cometiera entonces incurriendo en el mismo suplicio.

Los judíos estaban satisfechos; pero Pablo no habia muerto, y aquel mismo dia volvió á entrar en la ciudad. Sin embargo, para no irritar mas á sus perseguidores, partió al dia siguiente, dirigiéndose á Derbes con san Bernabé, y numerosas victorias coronaron su valor. Volvieron á pasar por Listra y por Iconio, ordenando presbiteros en cada iglesia con oraciones y ayunos, exhortando á los fieles á perseverar en la fe, y recordándoles que debemos sufrir muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

Los dos Apóstoles estaban de regreso en Antioquia el año 47 de Jesucristo. Pablo no permaneció allí mucho tiempo; llevó el Evangelio á la Capadocia, al Ponto, á la Tracia, á la Macedonia y hasta á la Iliria, y semejante á una nube divina impelida por el viento de la caridad, aquel vaso de eleccion corria por toda la tierra esparciendo el rocío vivificador de la palabra santa. Cinco años despues se hallaba en Filipos, ciudad de Macedonia, donde convirtió entre otros á una mujer que comerciaba en púrpura, llamada Lidia, la cual recibió el Bautismo con toda su familia, y obligó á san Pablo y á sus compañeros á hospedarse en su casa, para manifestar que la creian fiel al Señor.

Pablo se esforzaba desde aquella casa en atraer á Jesucristo á cuantos se presentaban para oírle. Un dia, al ir los obreros evangélicos

á la oracion, los encontró una jóven poseida de un demonio que la instruia de las cosas secretas en cuanto es posible al espíritu maligno. Estaba al servicio de unos impostores, y su maldito talento de adivinacion, de que siempre han sido el engaño los hombres de todas las épocas, era un manantial fecundo de riquezas para sus amos.

Al pasar, dice el historiador sagrado, vimos á esta jóven que empezó á seguirnos diciendo: Estos hombres son siervos del Dios excelso, que os enseñan el camino de la salud. Pablo la dejó que hablase, hasta que indignado al fin de sus artificiosas alabanzas, mandó al demonio que saliese del cuerpo de la jóven, y fué obedecido. Pero la avaricia cruel que dominaba á los amos de aquella pobre criatura los desesperó con su curacion; no atreviéndose á confesar su passion, la cubrieron con la apariencia de un crimen de Estado, y apoderándose de Pablo y de Silas, los llevaron á la plaza pública, donde los presentaron á los magistrados. Os traemos, dijeron, dos hombres que alborotan la ciudad; y sin más exámen, los magistrados los mandaron azotar con varas y meterlos en la cárcel. El carcelero los encerró en un calabozo apretándoles los piés en el cepo, lo cual les obligó á permanecer recostados boca arriba sin poder sostenerse en pié.

Tantas ignominias, en vez de abatirles, les llenaron de una alegría divina, de modo que á media noche se pusieron á orar y alabar á Dios con tanto fervor, que les oian los otros presos. Dios quiso por su parte manifestar cuánta es la fuerza de una oracion: súbitamente se sintió un terremoto tan grande que se movieron los cimientos de la cárcel, se abrieron las puertas, y fueron rotas las mismas ataduras de todos los presos. Habiéndose despertado el carcelero y viendo las puertas abiertas, creyó que se habian huido los presos, y como él respondia de ellos con su cabeza, cogió su espada para matarse; pero viéndolo san Pablo, aunque no habian traído aun luz, dijo en alta voz: No te hagas ningun mal, porque todos estamos aquí. El carcelero mandó traer una luz, y entrando en el calabozo de Pablo y de Silas, se arrojó temblando á sus piés. Llevó á los Santos á su habitacion, lavó sus llagas y les sirvió de comer: Señores, les dijo, ¿qué debo hacer para salvarme? Y ellos le respondieron: Cree en el Señor Jesús. Y creyó, y fué bautizado con toda su familia.

Cuando fué de día los magistrados enviaron alguaciles á la cárcel con orden de dejar en libertad á los dos presos. El carcelero se apresuró á anunciarles tan buena noticia, y entonces san Pablo, que no se habia quejado al azotarle con varas y al ponerle en la cárcel, dijo

que era muy extraño que hubieran ultrajado de aquel modo á ciudadanos romanos, y que despues de hacerlo se pretendiese sacarles de la cárcel secretamente y sin ninguna reparacion ¹. No, dijo, no puede pasar así; es preciso que ellos mismos vengan á sacarnos. Estaba gozoso de inspirarles temor para que los fieles de aquella ciudad gozasen de mas tranquilidad y libertad; los magistrados se presentaron en la cárcel llenos de terror, y suplicaron á los dos Santos que saliesen y se alejasen de la ciudad. Pablo conservó siempre desde entonces un tierno recuerdo de los cristianos de Filipos, y ellos por su parte le amaban como á un padre. Estos hijos amados fueron los que mas adelante fueron á Corinto á llevar al grande Apóstol todo lo que le faltaba, y observaron igual conducta mucho tiempo despues cuando estaba preso en Roma.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por el admirable celo de que llenásteis á san Pedro y á san Pablo; dadnos la docilidad de los primeros fieles.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé las instrucciones con gran deseo de sacar provecho de ellas.*

¹ Los ciudadanos romanos gozaban de grandes privilegios; las leyes prohibian especialmente que los azotasen con varas. (S. Chrys. in Act. homil. XLVIII).